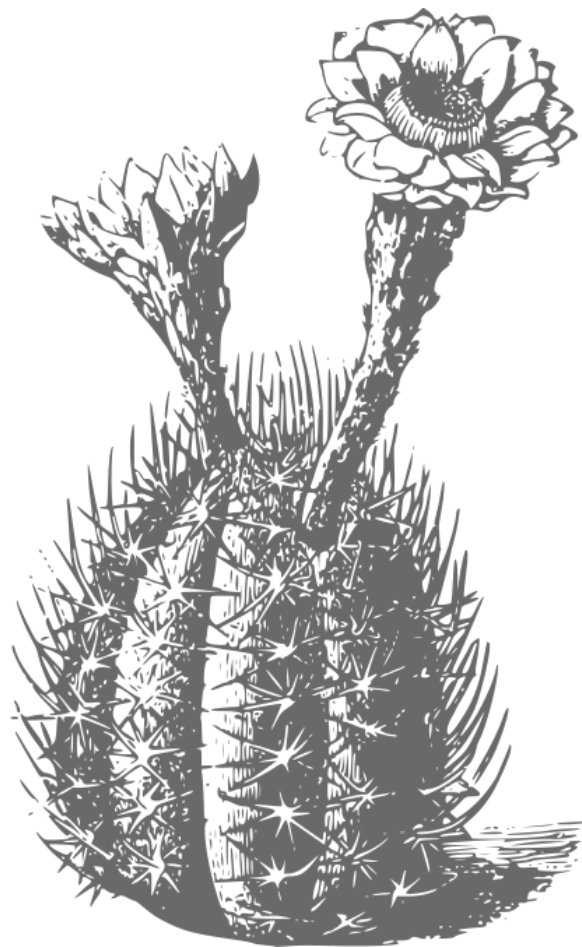


ES

OPEN MARX

Una introducción suave al capitalismo



FREE CULTURAL WORK: CREATIVE COMMONS ZERO

Si existe este progreso técnico constante, ¿por qué nunca se reducen nuestras horas de trabajo? ¿Por qué siempre tenemos que temer por nuestros puestos de trabajo y por qué en nuestra sociedad nunca se considera algo positivo el hecho de que haya menos cosas por hacer?

Desde hace más de 150 años existe un movimiento que no deja reposar estas preguntas. Un movimiento que conoce la respuesta y que, precisamente porque esa respuesta es tan devastadora, aspira a una ruptura real con el orden existente. El movimiento pone en cuestión todo lo que creemos saber en relación con el trabajo y nuestra convivencia social, pero quien quiera entender el movimiento debe leer sus libros y solo en las más raras ocasiones están escritos de forma sencilla.

Este folleto es un intento de exponer la ciencia y los objetivos de este movimiento de la manera más comprensible posible. En particular, significa explicar lo que el concepto de *capitalismo* significa para este movimiento — un concepto que, para él, encierra mucho más de lo que comúnmente suponemos.

Hacer dinero del trabajo

La ciencia de este movimiento, que pone en cuestión todo lo que en nuestro mundo laboral percibimos como evidente, comienza con la observación de una sociedad basada en el intercambio. Una sociedad basada en el intercambio significa que los ciudadanos y ciudadanas son ellos mismos responsables de procurarse su sustento. Lo hacen produciendo cosas u ofreciendo servicios. Intercambian sus productos y servicios por dinero y luego intercambian ese dinero por todo lo que necesitan para vivir: alimentos, ropa, tecnología, vacaciones, etc. Si este intercambio ocurre en el mercado semanal, en la peluquería o en la página de un comercio global en línea, no juega aquí ningún papel.

PRINCIPIO DE
INTERCAMBIO

Lo que se intercambia es siempre tiempo de trabajo humano. En el caso de los servicios, este tiempo de trabajo es directamente visible. En los productos, el tiempo de trabajo es pretérito y está, por así decirlo, dentro de las cosas. Esto significa que una carpintera no puede comprar tablas de madera si antes alguien no se ha tomado el tiempo de fabricarlas. Si la carpintera necesita ocho horas para construir una mesa a partir de esas tablas, entonces en esa mesa hay tanto sus ocho horas de tiempo de trabajo como unos cuantos minutos de tiempo de trabajo de la persona que convirtió un tronco en tablas. Cuando luego la carpintera vende la mesa y con el dinero compra una herramienta nueva, está pagando con ello el tiempo de trabajo del fabricante de herramientas y de todos aquellos que produjeron las partes para ello. Pero supongamos que no hay un solo fabricante de herramientas, sino varios, y que todas las herramientas tuvieran exactamente la misma calidad — ¿a qué producto recurrirá? Probablemente al más barato, lo que en nuestra forma muy temprana de análisis significa: la herramienta que contenga el menor tiempo de trabajo. Para imponerse en el mercado, tanto los productores como los prestadores de servicios deben, por tanto, ahorrar tiempo de trabajo.

INTERCAMBIO
DE TIEMPO DE
TRABAJO

La carpintera parece haberlo entendido, pues el tiempo de trabajo se puede ahorrar de manera muy significativa mediante el uso de herramientas. Por herramienta se entiende aquí todo lo que apoya en el trabajo: electrodomésticos de cocina, programas informáticos especiales o grandes máquinas industriales. Para la venta de los propios productos y servicios no es relevante lo ahorradora de trabajo que sea esta técnica en general. Solo es relevante lo ahorradora de trabajo que sea esta técnica *en comparación* con la técnica aplicada por la competencia. Si una desarrolladora 3D trabaja con una tarjeta gráfica moderna, necesita mucho menos tiempo para crear el mismo modelo 3D que una desarrolladora con un equipo informático de hace diez años. Y si una joven carpintera posee una sierra de cinta, naturalmente puede producir mucho más rápido que un viejo carpintero que sigue trabajando con una sierra manual.

SIGNIFICADO DE
LOS MEDIOS DE
PRODUCCIÓN

Solo brevemente, para ilustrar los efectos de esto: supongamos que ambos carpinteros fueran autónomos, sus productos de la misma calidad y sus costes de vida — es decir, alquiler, alimentos, seguros, etc. — fueran igual de altos, digamos 600 € semanales. Mientras que la joven productora con sus modernas herramientas monta tres mesas por semana, su competidor mayor solo logra hacer una sola. Si prescindimos de los costes adicionales de material y funcionamiento, la joven carpintera, para financiar su vida, puede vender las tres mesas a 200 € cada una, mientras que el carpintero mayor tiene que insistir en los 600 € por una mesa. El viejo no podrá mantenerse mucho tiempo en el mercado. Dicho sea de paso, lo mismo vale también si ambos tuvieran la misma herramienta, pero la joven carpintera trabajara mucho más rápido o más horas al día. Si un carpintero quiere construirse en privado una mesa de salón, puede tomarse para ello tanto tiempo como quiera y usar con gusto también su vieja herramienta de aprendiz. Pero como no hace las mesas para sí mismo, sino para la venta, es decir, para otros, tiene que estar con sus herramientas, su intensidad de trabajo y la duración de su jornada laboral al nivel de su competencia.

TIEMPO DE TRABA-
JO SOCIALMENTE
NECESARIO

¿Qué significa todo esto? Ante todo, que en las sociedades basadas en el intercambio la libertad de los ciudadanos y ciudadanas está restringida de una manera determinada. Por un lado, porque dependen de los productos y servicios de otros y para ello necesitan siempre suficiente dinero. Por otro, porque solo consiguen ese dinero si adaptan su manera de fabricar productos u ofrecer servicios a la competencia. Del trabajo no se hace dinero sin más — por así decirlo, casualmente —, sino que deben observarse una serie de reglas que surgen de la propia situación de mercado. Lo que podemos ver aquí son los primeros indicios de un orden social que no fue creado conscientemente por ningún ser humano, pero en el cual nosotros, como seres humanos, tenemos que ordenar

EL DOMINIO OBJE-
TIVO

nuestra vida.

La mercancía y el dinero

Lo que se compra y vende en el mercado son siempre mercancías. Una mercancía es algo doble: tiene un valor de uso y un valor de cambio. El valor de uso significa que la mercancía es útil para algo y el valor de cambio significa que la mercancía se puede comprar o vender por dinero en principio. En lo que sigue partimos siempre de mercancías que no son piezas únicas (obras de arte, piezas de herencia, etc.) y que, por tanto, podrían ser producidas por diferentes personas.

LA MERCANCÍA

En el mercado, el dinero aparece como un invento práctico, pero es incluso inevitable como punto común de referencia. Supongamos que elaboro cerveza y quiero cambiarla en el mercado por cosas útiles para mi vida — aunque no existiera el dinero. Si con la cerveza de mi producción fuera a una panadera para cambiarla por panecillos, entonces la cerveza solo tendría para mí la finalidad de dejarse cambiar. La panadera necesita la cerveza para otra cosa: para emborracharse. Supongamos, pues, que en el mostrador de la panadera hay a las ocho de la mañana dos botellas de cerveza y al lado diez panecillos. Estamos de acuerdo en la relación de intercambio. Yo mismo, que ahora quisiera desayunar, no me intereso aquí por el valor de uso de la cerveza, sino solo por el de los panecillos. La panadera, que por la noche quiere beber con su pareja, se interesa por el contrario solo por el valor de uso de la cerveza. Ella piensa: «diez panecillos valen dos botellas de cerveza» y yo pienso: «dos botellas de cerveza valen diez panecillos».

FORMA SIMPLE DE
VALOR

x Mercancía A (2 botellas de cerveza) = y Mercancía B (10 panecillos)

Una mercancía mide, pues, su valor de cambio por el valor de uso de la otra. El valor de cambio de una botella de cerveza no puede ser puesto de manifiesto en la propia botella de cerveza — necesita un opuesto y aquí son los panecillos. Mientras que la cerveza tiene desde mi perspectiva valor de cambio, para la panadera tiene valor de uso. Mientras que los panecillos tienen para mí valor de uso, para la panadera tienen valor de cambio. Si la panadera y yo tuviéramos un establecimiento común que produjera panecillos y cerveza, entonces no podríamos excluirnos arbitrariamente del uso de esas cosas y, por tanto, tampoco podríamos intercambiarlas entre nosotros. Así, los panecillos y la cerveza no ten-

DOBLE CARÁCTER
DE LA MERCANCÍA

drían valor de cambio para nosotros, sino solo un valor de uso, y nos los repartiríamos de una manera determinada entre nosotros. Solo cuando necesitemos un tercer producto que no podamos fabricar nosotros mismos, la cerveza y los panecillos se convertirán de nuevo en medio de intercambio para nosotros y perderán su carácter puramente útil.

Con diez panecillos en la mochila continuó mi ronda matutina de compras y tengo que negociar una nueva relación de intercambio con cada productor individual. En mi papel de cervecero, además, tengo que esperar tener que vérmelas con una sociedad de bebedores. Cuando por fin llego a casa a desayunar y mi novia me preguntara cómo ha ido la compra, mi respuesta podría ser la siguiente:

FORMA DESPLEGADA DE VALOR

2 botellas de cerveza = 10 panecillos
 2 botellas de cerveza = 1 tarro de mermelada
 2 botellas de cerveza = 400g mantequilla

Es absurdo: cada participante del mercado tendría que negociar una nueva relación de intercambio con cada otra persona y, además, tener siempre en mente cómo es la necesidad de la respectiva otra mercancía en comparación con el tiempo de trabajo empleado en el propio producto. En toda sociedad de mercado conocida se ha destacado, por ello, una mercancía singular a la cual se refieren todas las demás. Supongamos que esta mercancía fuera un whisky escocés de 12 años:

EL EQUIVALENTE GENERAL

$$\left. \begin{array}{l} 2 \text{ botellas de cerveza} \\ 10 \text{ panecillos} \\ 1 \text{ tarro de mermelada} \\ 400 \text{ g mantequilla} \end{array} \right\} = 30 \text{ ml de whisky escocés de 12 años}$$

Al referirse todas las mercancías al whisky escocés de 12 años, se vuelven comparables entre sí. Si dos cervezas valen 30 ml de él y los 400 g de mantequilla igual, entonces también sería justo el intercambio directo de dos cervezas por 400 g de mantequilla. Si veinte panecillos valen 60 ml del whisky escocés de 12 años, entonces puedo cambiarlos sin pérdida por 2 tarros de mermelada. Así pues, a las ocho de la mañana no estoy con una caja de cerveza en casa de mi panadera, sino con una botella de whisky escocés de 12 años y lleno una cantidad determinada para ella en una probeta. Lo que ha cambiado ahora es que la panadera ya no tiene que pensar en cómo es su necesidad de ello. El valor de uso del whisky no le interesa a nadie. Su sabor o su efecto no son nada especial. Especial es solo su función social, a saber, ser punto general de referencia para todas las mercancías en el mercado.

Esto, finalmente, es el dinero: una mercancía ordinaria cuyo uso como punto general de referencia en el intercambio se ha convertido en costumbre social. Históricamente se pesaban para ello el oro y otros metales preciosos, y su función social de entonces es la que hasta hoy los hace aparecer como especialmente «valiosos». Esta mercancía con la posición social especial como forma dinero fue durante mucho tiempo de naturaleza objetiva, pero entre tanto se ha despojado de esa envoltura. El dinero se convirtió, dentro de un largo proceso histórico, en la forma puramente simbólica de dígitos digitales en cuentas en línea, impreso en billetes y acuñado en monedas.

LA FORMA DINERO

En una sociedad de mercado esta idea de que cada cosa tiene un valor monetario es automática y necesaria. Dado que hoy casi todo puede ser vendido o comprado en función de su uso, cada cosa en la vida cotidiana no solo parece tener una utilidad, sino además un valor monetario — sobre la mesa se puede comer y vale 200 €. Es como si el valor fuera una propiedad natural de las cosas: «Todo tiene su valor.» Así como la cerveza es dorada, líquida y contiene alcohol, también cuesta una cantidad determinada de dinero. Si me pregunto cuántas botellas de cerveza valdrá un Mercedes nuevo, no puedo pensarlo sin dar el rodeo a través del dinero. Pienso primero el valor monetario del coche, luego lo divido por el valor monetario de una botella de cerveza. Pero sea cual sea el laboratorio al que envíe la cerveza, considerada aisladamente ningún científico de este mundo encontrará en ella el más mínimo átomo de valor.

OBJETUALIDAD
ESPECTRAL

El valor es una propiedad social, como la que también tienen las reliquias sagradas, los artefactos y los libros del mundo religioso: aunque nunca son más que figuras de barro, tallas de madera o tinta sobre papel, se les atribuyen capacidades mágicas o se dice incluso que fueron enviadas a la tierra por Dios mismo. Estas propiedades mágicas se mantienen mediante historias que los creyentes deben contarse durante toda su vida. La propiedad de valor, por el contrario, es el resultado necesario de una sociedad basada en la división del trabajo de productores independientes, que dependen de los productos de los otros y solo pueden satisfacer sus necesidades a través del mercado, es decir, mediante la compra y la venta. La sensación de normalidad que hoy acompaña al intercambio y al dinero oculta así el simple hecho de que vivimos en una forma muy especial de sociedad.

FETICHISMO DE LA
MERCANCÍA

La crisis como ejemplo para mostrar qué poder ha adquirido esta abstracta propiedad de valor sobre nuestra vida común: una crisis en sociedades que no se basan en el intercambio podía ser, por ejemplo, una hambruna porque no ha llovido en todo el verano. En la sociedad actual, en una crisis no hay escasez y, considerada externamente, no se reconoce ninguna diferencia respecto al tiempo anterior a una crisis. Al entrar en una crisis, los estantes siguen llenos, las personas siguen estando cualificadas en sus profesiones y las máquinas están plenamente operativas. A pesar de ello, el mundo se pone de repente patas arriba. Las personas pierden su trabajo, tienen miedo por su futuro, reaparecen las hambrunas y nadie sabe bien qué es realmente lo que ha pasado. Si luego se avería una central eléctrica o tiene que cerrar un hospital, eso es la consecuencia de la crisis, no es su causa. La causa se encuentra en un mundo ficticio del valor, que parece estar «sobre nuestras cabezas», como antiguamente lo estaba una batalla en el cielo de los dioses griegos. Nos reímos de las locuras de las viejas religiones, pero nosotros mismos estamos sometidos a movimientos abstractos del mercado financiero y creemos que tienen un significado eterno e imparable. Pero: formas modernas de sociedad que no estén sometidas a los movimientos del dinero son pensables y posibles.

FETICHISMO Y
CRISIS

El dinero es el abismo entre los productores independientes, entre el cervecero y la panadera. Imaginemos a una mujer que naufraga en una isla solitaria y tiene que construirse allí una existencia. Cada una de sus actividades productivas tendrá el objetivo de producir objetos útiles como alimentos o herramientas. El valor de cambio que esas cosas pudieran tener en la civilización no jugará para ella ningún papel. Pensemos, en lugar de una sola mujer, en un grupo de personas que han naufragado en la isla. Si consiguen coordinar conjuntamente sus actividades, usar conjuntamente las herramientas y repartir los alimentos de manera justa entre ellos, entonces esos productos del trabajo tampoco se les aparecerán nunca como valores de cambio. Todo lo que tienen son cosas que necesitan para su supervivencia común. No surge aquí ningún plano abstracto de valor que parezca desarrollarse independientemente de ellos y al que crean estar sometidos. Si hubiera una hambruna, entonces más personas arrimarían el hombro para conseguir alimentos. Si hubiera nuevas herramientas que facilitaran el trabajo, habría menos que hacer para todos. Es esta simplicidad la que hoy no se da. Pero el carácter de valor de las cosas, junto con toda la lógica subyacente, se disolverá por sí mismo cuando se encuentre y se establezca socialmente una forma moderna de organización de este tipo simple.

ASOCIACIÓN DE
SERES HUMANOS
LIBRES

Hacer más dinero a partir del dinero

Si hay dinero, entonces también existe el poder individual de excluir a otras personas de las cosas del mundo mediante la arbitrariedad personal. Si una sociedad se basa en el dinero, entonces se basa en la exclusión. Cuanto más dinero tiene una persona, menos está excluida de la riqueza social. Al principio vimos que se puede obtener dinero mediante el trabajo. Sin embargo, para ello hay que atenerse a reglas que no fueron ideadas por personas, sino que surgieron de la situación del mercado. La regla más importante de ellas dice que no se debe invertir más tiempo de trabajo en un producto del que es necesario en el promedio social para su producción. Para imponerse en el mercado, siempre se debe trabajar un poco más rápido que la competencia. Trabajar por cuenta propia para conseguir dinero puede ser, por tanto, muy agotador. Sería más agradable ganar dinero sin tener que trabajar.

CONDICIONES DE
EXCLUSIÓN

Quien quiere más dinero sin tener que trabajar, debe hacer más dinero a partir del dinero. Como nadie cambia una gran suma de dinero por una pequeña suma de dinero, se necesita un paso intermedio, y este es la compra y venta de mercancías. El dinero que así se convierte en más dinero es capital. Pero, ¿cómo puedo hacer dinero mediante la compra y venta de mercancías si todos en el mercado con quienes puedo intercambiar también buscan solo su propio beneficio?

CAPITAL

Lo que puedo hacer es comprar barato en A y luego vender más caro en B. Simple y efectivo. Sin embargo, para mí esto solo funciona hasta que otros participantes del mercado descubren mi ruta comercial y ellos mismos compran barato en A y luego lo ofrecen en B un poco más barato que yo. La competencia en el mercado iguala progresivamente el posible margen de ganancia de la simple compra y venta, hasta que al final, idealmente, solo se intercambia de nuevo el mismo valor de un producto por el mismo valor del siguiente producto.

CAPITAL COMER-
CIAL

Busco entonces una posibilidad de transformar dinero en más dinero de forma duradera, sin violar la regla del mercado de que una cosa con un determinado valor monetario solo puede intercambiarse de forma duradera por el mismo valor monetario. Pero si solo mediante el trabajo surge algo que puede venderse, ¿cómo multiplicar el dinero sin tener que trabajar? Mediante la compra de algo que trabaje para mí. En una sociedad basada en el intercambio, todo tiene un valor de cambio y un valor de uso. En teoría, puedo comprar algo cuyo valor de uso sea poder trabajar. Compro entonces ese algo y lo uso de tal manera que produzca otra cosa que valga más dinero del que pagué por el primer algo. Lo importante es solo que encuentre en el mercado una mercancía así, que sea lo más barata posible y que pueda usar de la manera más eficiente

CAPITAL PRODUCTI-
VO

posible.

Lo único que puede trabajar es el ser humano. La mercancía que busco para la multiplicación del dinero es, por tanto, la capacidad humana de trabajar. En resumen: la mercancía fuerza de trabajo. Su valor: la suma de los medios de vida (vivienda, alimentación, vestimenta, etc.) que una persona necesita en el promedio social para su vida. Su valor de uso: producir algo para mí que tenga un valor más alto de lo que me cueste su contratación. Pero, ¿qué personas deberían producir para otros si también podrían trabajar por cuenta propia? Muy sencillo: aquellas que, como el viejo carpintero, no disponen de medios de producción modernos y por tanto no logran fabricar sus mercancías de manera adecuada al mercado. Venden entonces la única mercancía que siempre tienen y que está ahí: su fuerza de trabajo. Dado que no queremos examinar un desarrollo histórico, a continuación se presupone simplemente que existe este grupo que no está sometido a ningún dominio personal y que ofrece su fuerza de trabajo en el mercado laboral para ir a trabajar cada semana 30, 40 o incluso más horas de forma heterónoma. Presuponer una clase así dependiente del salario no parece demasiado osado, ya que yo como autor pertenezco a ella igual que presumiblemente tú como lector o lectora.

LA MERCANCÍA
FUERZA DE TRABA-
JO

Dado que esta vida en dependencia salarial conlleva algunas desventajas (la heteronomía, por ejemplo), quisiera elevarme por encima de ella. Para ello, primero me imagino disponer de un patrimonio que pueda multiplicar. Con este dinero compro en el mercado medios de producción (locales, herramientas, material, etc.) y publico puestos de trabajo para fuerzas de trabajo que sepan manejarlos. Los dependientes del salario me envían sus solicitudes y yo selecciono a aquellas que no me cuesten demasiado, pero que sean de buena utilidad. Los trabajadores asalariados contratados por mí deben finalmente producir nuevas mercancías con mis medios de producción, cuya venta en el mercado me reporte de nuevo sus propios costes y además los costes de los medios de producción. En este punto he cubierto mis costes, pero aún no ha salido nada para mí. Hago entonces que los trabajadores asalariados produzcan mercancías aún más tiempo y, a partir de este momento, cada ingreso por venta de las mercancías recién producidas va más allá de mi mera cobertura de costes. Las mercancías valen, pues, más que mi inversión. Esta *plusvalía* generada en el período de producción (p. ej. un mes) está a mi exclusiva disposición y es la razón por la que hago producir en absoluto.

LA PLUSVALÍA

Dinero — Mercancía < $\frac{\text{Fuerza de trabajo}}{\text{Medios de producción}}$ — ... Proceso de producción ... — Mercancía con mayor valor — más dinero < $\frac{\text{Inversión}}{\text{+ Plusvalía}}$

A modo de ejemplo: soy un mediano empresario de medios y produzco reportajes de televisión. Como medios de producción me he alquilado locales y he comprado cámaras, grabadoras de sonido, servidores, ordenadores de trabajo y software. Incluyendo desgaste, seguro, etc., esto me ocasiona costes de 3.000 € mensuales. En mi agencia trabajan cuatro empleados asalariados, que realizan todas las actividades desde la preproducción hasta la filmación y la posproducción. Reciben un salario de 1.500 € cada uno, es decir, 6.000 € en total. El proceso de producción completo me cuesta así 9.000 € al mes. Supongamos de forma simplificada que el equipo termina un reportaje cada semana, que se vende por 4.500 € a una emisora. Después de que el equipo ha trabajado dos semanas, mi dinero invertido de 9.000 € está recuperado y mis empleados tienen dinero para apañarse el mes. Pero yo mismo aún no he ganado nada. Como empresario, los hago seguir trabajando y los reportajes producidos y vendidos en las dos últimas semanas del mes constituyen ahora mi plusvalía por un importe igualmente de 9.000 €.

EJEMPLO

Como los trabajadores asalariados, yo como empresario utilizo una parte de la plusvalía generada para mi consumo privado. Con el dinero restante debo proceder sin embargo de manera diferente que, por ejemplo, un antiguo esclavista o un noble medieval: ambos podían construirse una vida agradable a partir del plusproducto —la parte del producto elaborado que va más allá del mantenimiento de la vida de los productores (esclavos, siervos, etc.)—. Cuantas más personas se hallaban en su posesión y trabajaban para ellos, más lujo podían permitirse tendencialmente. En el mercado, en cambio, amenaza la competencia constante.

EL PLUSPRODUCTO

Suponiendo que como empresario tuviera las más elevadas intenciones morales, en el ejemplo recién citado del empresario de medios aún podríamos suponer que mi empresa crecería con el tiempo y la ganancia generada se repartiría entre mí y mis empleados. Pero ahora llega una nueva empresaria de medios a la ciudad. Ella produce reportajes de televisión igual que mi empresa, pero los vende por solo 4.000 € la pieza, en contraste con mis 4.500 €. Suponiendo que el producto fuera equivalente al mío, entonces las emisoras, según la lógica del mercado, recurrirían naturalmente a la mercancía más barata. ¿Qué posibilidades tengo, pues, de mantenerme en el mercado y asegurar así también los puestos de trabajo?

PLUSVALÍA Y COMPETENCIA

1. Hago que mis trabajadores asalariados contratados trabajen más tiempo. Ya sea mediante horas extra o aumentando el tiempo de trabajo semanal en los nuevos contratos de trabajo. Hago que las pausas para fumar y los tiempos de desplazamiento no cuenten como tiempo de trabajo. Si tuviera una empresa industrial clásica, haría que los trabajadores asalariados ya no ficharan en la puerta de la fábrica, sino solo después de haberse cambiado de ropa, ante la nave de producción. Dado que aquí también los haría trabajar por turnos, se muestra de qué se trata para mí: una parte de mis medios de producción (alquiler, máquinas, programas, etc.) me cuestan siempre lo mismo al mes. Si, por tanto, hago trabajar más tiempo con ellos, puedo producir en total más, mientras que solo aumentan los costes de salario y los materiales y costes operativos que entran en el producto (p. ej. madera y electricidad en la carpintería). Dado que así hago producir más productos en total, con menos costes por pieza, puedo venderlos más baratos en el mercado.

AUMENTO DE LA PLUSVALÍA ABSOLUTA: TIEMPO DE TRABAJO Y SALARIO

2. Hago que mis trabajadores asalariados contratados trabajen de forma más dividida. No me sirve de nada que todos sepan manejar la cámara o la grabadora de sonido y sepan investigar bien. No me sirve de nada que todos sepan editar el material fílmico y aplicar efectos. Una persona que hace todo el día nada más que inserciones de texto alcanza una velocidad y calidad mucho mayor que alguien que solo de vez en cuando realiza esta actividad. Igualmente sé que, en caso de un daño en mis equipos, mi corporación de seguros recurre a un departamento especializado y dentro de este a una persona especializada que no hace otra cosa en todo el día que ocuparse exactamente de casos así. No necesito todoterrenos en la empresa, sino personal especializado. Al asumir cada trabajador asalariado una tarea específica, la empresa ya no es solo la suma de sus empleados, sino que se convierte en un organismo. El empleado individual ya no crea nada completo, sino que solo aporta su parte al trabajo total de la empresa. En principio se puede decir: cuanto más específica es la tarea del individuo a plena ocupación, más eficiente es la empresa en su conjunto.

AUMENTO DE LA PLUSVALÍA RELATIVA: INTENSIDAD DEL TRABAJO

3. Invierto en medios de producción más eficientes. Si un nuevo programa acelera el trabajo de uno de mis empleados en un 10 %, la producción de cada producto cuesta de nuevo menos horas de trabajo en total. Si quisiera mantener constante la cantidad total de productos fabricados al mes, podría reducir cada vez más el número de mis empleados mediante el uso de nueva tecnología y ahorrar así costes salariales. La suposición de que el progreso técnico desplaza puestos de trabajo, pero siempre surgen nuevos puestos de trabajo, es por tanto solo parcialmente cierta: como empresario invierto en progreso técnico o bien para producir en total más o mejor —es decir, también para desplazar a la competencia con sus empleados— o bien para ahorrar costes. Dado que los propios medios de producción son costes adicionales, quiero reducir los costes de tiempo de trabajo remunerado. O bien ahorro un puesto

AUMENTO DE LA PLUSVALÍA RELATIVA: MEDIOS DE PRODUCCIÓN

mejor remunerado sustituyendo el trabajo por una máquina (programa, etc.) que pueda ser manejada por una fuerza de trabajo peor remunerada. O bien ahorro muchos puestos mal remunerados sustituyendo su trabajo por una máquina que sea manejada por un solo especialista. En esto no es ningún problema que el salario de este especialista sea comparativamente alto, siempre que sea solo más bajo que los costes salariales totales de las fuerzas de trabajo despedidas.

Como empresario, logro mediante la aplicación de las tres posibilidades de aumento de la plusvalía fabricar mi producto individual más barato y puedo así subcotizar a mi competidora. Dado que ella no quiere dejarse desplazar del mercado, reestructurará su empresa (como naturalmente también nuestros otros colegas de competencia) de manera correspondiente. Independientemente unos de otros, pero a causa del otro respectivo, hacemos nuestras empresas más eficientes para poder producir más barato con una calidad lo más constante posible. Supongamos que después de algunos años puedo producir los reportajes por 2.250 € la pieza, mientras que mis colegas de competencia aún tienen que pedir por ellos al menos 2.750 €. Puedo venderlos ahora al mismo precio que ellos, pero obtengo por cada reportaje vendido aún una plusvalía extra de 500 €, con la que puedo seguir ampliando mi empresa. Solo estoy en condiciones de hacer esto porque produzco de manera más eficiente que el promedio de la competencia. En cuanto estos se hayan equiparado a mí mediante la adaptación de la técnica y la estructura empresarial, vuelvo a producir a costes medios y mi ganancia adicional desaparece.

PLUSVALÍA EXTRA

Cuando entonces un día un competidor ya no dispone de los medios necesarios y su insolvencia me procura por fin un momento de tranquilidad, me pongo nostálgico y hojeo un poco en mi antigua contabilidad. Me llama la atención que antes la venta de un reportaje reportaba 4.500 € y que hoy, después de todas las reestructuraciones, ya solo recibo la mitad del valor monetario por él, pero produzco el doble. Hoy dos reportajes tienen el mismo valor que antes un solo reportaje. Por la cantidad doble, mi plusvalía se ha mantenido igual, pero también debo esforzarme constantemente por nuevos compradores. Y mientras estoy sentado en la oficina por la noche, me doy cuenta muy lentamente de que muchos de mis antiguos empleados hacen ahora cola en la oficina de empleo y los que quedan, sin tener ellos mismos ventaja alguna, tienen que trabajar de manera mucho más monótona bajo mayor presión. Y justo cuando estoy dando un sorbo a mi copa de vino tinto, se me aclara por un breve momento el significado de un panfleto que un joven sindicalista me puso una vez en la mano:

PROGRESO CAPITALISTA

«Crisis ya no significa guerra, enfermedad o sequía. Durante una crisis los estantes están rebosantes, pero como ante un vidrio blindado estamos nosotros los trabajadores delante. ¡Su

eterna lucha competitiva ha hundido nuestros salarios por los suelos y ha avivado su producción! Lo hemos fabricado todo, pero para comprarlo nos falta ahora el dinero. Porque así es, destruirán las cosas antes de que se nos ocurra tomarlas. Para salvar su respectivo capital, nos harán trabajar aún más duro y da igual si hay algo que trabajar. Su crisis se llama sobreproducción. Nuestra crisis es la dependencia de ellos.»

Estructuras capitalistas en progreso

Quiero anteponer aquí que no considero imprescindible conocer exactamente todas las estructuras del mundo empresarial para entender por qué es necesaria otra forma de convivencia. Quien, pues, esté harto de este miserable tema económico, puede saltarse el capítulo tranquilamente y volver más tarde a él. Para todos los demás se mostrará brevemente cómo el proceso capitalista se va incrustando cada vez más profundamente en la sociedad y la organiza crecientemente según sus reglas.

Dado que en mi rol social como empresario, con un número constante de empleados, mediante el aumento de la eficiencia produzco en total más mercancías, debo ampliar mi mercado para volver a transformarlas en dinero. No solo yo tengo que hacer eso, sino naturalmente todos mis colegas de competencia y empresarios de otros sectores. Sin la venta de nuestra mercancía difícilmente podemos volver a comprar y mantener así el ciclo de producción. De manera general, puedo ampliar mi mercado de ventas de dos modos: por la vía hacia adentro, en las esferas aún no explotadas capitalísticamente, y por la vía hacia fuera, en la esfera de mi competencia. Finalmente, se hará visible aquí también por qué el capitalismo siempre trae consigo crisis, es decir, nunca puede ser un fundamento social estable.

INTRODUCCIÓN

La vía hacia adentro: Como empresario debo intentar penetrar en ámbitos de la vida que hasta ahora no han sido explotados capitalísticamente. Explotado capitalísticamente no significa necesariamente que hasta ahora no estuvieran mediados por el dinero, sino solo que en la mediación no surgía plusvalía. Descubro, por ejemplo, que existe un servicio privado de transporte que quita a los padres el trabajo de llevar a los niños por la tarde al deporte y luego recogerlos. Así que invierto dinero en coches adaptados a los niños, contrato quizás incluso a pedagogos desempleados como conductores y hago desarrollar un algoritmo para que el mayor número posible de niños puedan ser recogidos eficientemente en un coche por la tarde y llevados al deporte. Los

SUBSUNCIÓN

padres aceptan mi trabajo agradecidos, pues yo, mediante mi estructura, puedo ofrecer el servicio más barato que el conductor privado anterior y al mismo tiempo mostrarles mediante control de ubicación, etc. que sus hijos están en buenas manos. Ahora gano dinero mediante el trabajo de los conductores, los conductores tienen un puesto de trabajo seguro, los padres tienen más tiempo y el Estado menos desempleados. Todos están contentos, y de nuevo una pequeña parte de la vida social está subordinada a la estructura del capital.

La vía hacia fuera: Si estoy en competencia con otras empresas, entonces intento ganar a sus clientes para mí. Puedo así transformar mis mercancías en dinero, mientras que la competencia se queda con sus productos sin vender. No todo proceso capitalista sale bien; es siempre una especulación producir y esperar que en el mercado se encuentren finalmente compradores. Para mí surge, pues, el valor adicional por la especulación fallida de los competidores y mi empresa crece. Pero no siempre tengo que invertir mi plusvalía solo en mi propia producción: puedo invertirla en la bolsa en otras empresas en las que tengo la sensación de que se multiplicaría más fácilmente allí. Si tengo suficiente dinero, también puedo comprar empresas o aspirar a una fusión. Los costes de administración se reducen así, la producción puede ser más eficiente y la competencia queda parcialmente eliminada, con lo que mis mercancías pueden volver a venderse más caras. Para ser concretos una vez: según un estudio de Zúrich con datos de 2007 («The Network of Global Corporate Control», 2012), ya entonces solo había 147 consorcios que, medidos por su facturación, organizan el 80 % de la economía mundial. 147 consorcios para apenas 6.500 millones de personas, que utilizan valores patrimoniales inimaginables para incrementar su beneficio y su control del mercado cada vez más. O un ejemplo más ilustrativo: Tras la Primera Guerra Mundial había unos 80 fabricantes de automóviles medianos en Alemania, tras los años 1930 quedaban aún 30 y hoy tres consorcios alemanes compiten con como máximo 15 fabricantes relevantes a nivel mundial. Esta centralización surgió dentro de las reglas del mercado. La idea ingenua de un mercado en el que todos tienen las mismas oportunidades nunca fue históricamente realidad y hoy es simplemente absurda.

CENTRALIZACIÓN

No se va a hablar aquí extensamente sobre el desarrollo histórico del capital, pero con un ejemplo quiero mostrar que el principio de la lógica del intercambio y la competencia no se impuso en la historia mundial por vía democrática: En el siglo XIX, la nobleza europea intentó conservar su poder apoyándose en la economía. Durante la época colonial se llegó así también a la Guerra del Opio de Inglaterra contra China. El emperador chino quería proteger su propio imperio de la influencia extranjera y limitó la importación de las mercancías inglesas al mínimo. Al mismo tiempo, sin embargo, dejó vender mercancías chinas al extranjero. El punto de referencia general en el intercambio —la mercancía

LA PRIMERA GUERRA DEL OPIO

dineraria con la que se medía el valor de los productos— era entonces la plata, y esta se volvió cada vez más escasa en Inglaterra debido al balance comercial unilateral. La empresa comercial británica «East Indian Company», en cuyo consejo de supervisión se sentaban representantes del Parlamento, intensificó por tanto — apoyada por la Corona— la importación de la droga opio a China. El emperador chino prohibió entonces el consumo de opio y su importación a China. Inglaterra no se interesó por la prohibición y cuando nuevamente barcos de carga llenos de opio llegaron a China, un enviado del emperador hizo confiscar e incinerar 1400 toneladas de la droga. La respuesta de Inglaterra fue una flota de guerra que redujo a cenizas todas las capitales chinas. ¿Cuál fue la exigencia al derrotado emperador chino? La apertura de los mercados chinos. La producción inglesa podía ahora transformar cada vez más mercancías en dinero en la China productivamente atrasada, a la propia economía nacional de China se le quitó el suelo y fue así forzosamente integrada en la libre economía de mercado global. Las decenas de miles de habitantes chinos que fueron sistemáticamente convertidos en dependientes del opio son en ello solo una nota al margen en la expansión del dominio del capital.

Las mercancías deben ser transformadas en dinero para mantener vivo el ciclo de producción —la conquista mercantil de China ha ayudado a Inglaterra en ello, pero el desafío existe a diario. Es una peculiaridad de las relaciones capitalistas que los productos se fabriquen antes de que se sepa si alguien necesita el producto y se lo puede permitir. Es decir, la empresaria invierte dinero en la producción, pero los trabajadores asalariados pagados por ella no fabrican dinero, sino nuevas mercancías. Hasta que se encuentran compradores para ellas, pueden transcurrir meses, si no años. La empresaria, sin embargo, no debe esperar hasta que las mercancías se hayan vendido, sino que tiene que seguir produciendo para no quedarse rezagada frente a la competencia. Dado que el dinero invertido está en las mercancías aún no vendidas, la empresaria necesita nuevo dinero para que la producción siga adelante. En este punto entran en juego los bancos. En los bancos pueden los empresarios recibir créditos para compensar períodos hasta que sus mercancías estén vendidas o para invertir en medios de producción que deban resistir a la competencia. El banco es en ello una simple empresa capitalista con una cierta posición especial. También él está interesado en la multiplicación del dinero y lo hace prestando dinero que ha sido depositado en él como créditos. Los empresarios deben devolver constantemente estos créditos más altos intereses. ¿Cómo consiguen los empresarios el dinero para ello? Del mismo modo que consiguen su propia ganancia. Utilizan las fuerzas de trabajo compradas por ellos cada vez más eficientemente y extraen así el dinero del trabajo de otros. Si, pues, para los inversores puede parecer como si su dinero depositado en el banco se multiplicara por sí mismo, cada céntimo de los intereses procede solo de nuevo de la

CRÉDITO Y TIEM-
PO DE CIRCU-
LACIÓN

explotación de personas en la situación de dependencia salarial.

Por la separación temporal entre producción y venta surge el peligro constante de una crisis. Dado que empresarios e inversores intentan compensar la diferencia temporal con crédito y el comercio de promesas de deuda, se hallan en una creciente dependencia mutua. Pero no se puede hacer frente ni a los créditos ni a las promesas de deuda si las mercancías producidas por la empresa no se venden. Con el creciente aumento de la eficiencia de las empresas (que estas deben realizar en su lucha competitiva) aumenta rápidamente la posibilidad de tal no-venta de las mercancías. Aumento de la eficiencia significa en particular que los trabajadores asalariados tienen que trabajar más tiempo por menos dinero y se compran herramientas con las que se puede producir más rápido y así ahorrar fuerzas de trabajo. Se producen, pues, cada vez más mercancías, mientras que el poder adquisitivo de los dependientes del salario disminuye. Esta oferta excesiva de mercancías está entonces, por regla general, lista para la venta y también tiene que venderse para que los empresarios puedan saldar sus deudas. Al otro lado están los dependientes del salario ante estos estantes, contemplan esta riqueza social creada por ellos, pero permanecen excluidos de ella porque su dinero no alcanza para ello. La crisis es ahora una reacción en cadena, de empresas que caen en insolvencia, que arrastran a la ruina a otras empresas (que habían invertido su dinero en estas) y un poder adquisitivo que sigue cayendo en la clase dependiente del salario debido al creciente desempleo. Las crisis surgen por tanto necesariamente una y otra vez y la causa no es que se haya gestionado mal, sino que desde la perspectiva de cada empresario e inversor se ha gestionado siempre exactamente bien. Con esta locura podemos abandonar finalmente la perspectiva empresarial.

CRISIS

La vida en dependencia salarial

Para empezar, el dilema de una repartidora de paquetes: Supongamos que una repartidora de paquetes hace un cómodo pedido por Internet. Como la mayoría de nosotros, quiere como compradora ahorrar dinero y se decide por un proveedor en el que no tiene que pagar gastos de envío. Para ofrecer este envío gratuito, la empresa de venta por correo busca empresas de transporte que sean lo más baratas posible. En su competencia por los encargos, estas empresas de transporte intentan subcotizarse mutuamente, haciendo la entrega más eficiente. La jornada laboral de la repartidora de paquetes queda así exactamente cronometrada y se ve obligada a rechazar cada charla amistosa con los destinatarios de paquetes. Agotada, hace pedidos por Internet cada vez con más frecuencia, ya que después de una jornada laboral así es menos agotador que ir aún por la tarde a la ciudad. En su competencia por los pedidos crecientes de la empresa de venta por Internet, las empresas de transporte empiezan a eludir los convenios colectivos, desplazando a las fuerzas de trabajo —como la repartidora de paquetes— a subempresas sin convenio. Si al principio era aún comodidad, a más tardar ahora se ha convertido para la repartidora de paquetes en una obligación comprar cada vez más barato. Dado que la propia repartidora de paquetes compra barato por Internet, ella misma tiene la culpa de su destino. Al menos eso puede decirse fácilmente cuando una sociedad organizada capitalísticamente se considera normal e inamovible.

AUTOENEMISTAD

Hasta ahora hemos conocido la perspectiva de una empresaria que actúa racionalmente para poder subsistir en el mercado. La empresaria consigue dinero comprando la capacidad humana de trabajar como mercancía e integrando esta fuerza de trabajo en su estructura empresarial. Tener empleados y obreros es también algo completamente normal. Pero lo especial de la normalidad es la ausencia de lo especial. Para un cavernícola puede que no fuera especial que gran parte de su clan muriera miserablemente de hambre o se congelara en invierno. Para campesinos siervos de la Edad Media puede que no fuera especial hallarse en posesión de un señor feudal y entregar todo excedente producido a la familia de este. Y para los dependientes del salario hoy no es nada especial tener que trabajar 30, 40, 50, a veces 80 horas cada semana.

NORMALIDAD
DE LOS DEPENDIENTES DEL
SALARIO

Igual que cualquier otra mercancía, la mercancía fuerza de trabajo se puede vender mejor o peor. Si quiero vender cara mi fuerza de trabajo, entonces la preparo para ello en una carrera universitaria. Si no quiero estudiar, entonces puedo intentarlo en un trabajo sensato como auxiliar de laboratorio, empleado de banca, diseñador de medios, educador, comerciante o metalúrgico. En tiempos de sequía económica puedo como dependiente del salario verme forzado a aceptar un puesto de trabajo temporal, trabajar como falso autónomo o —con la esperanza de un contrato fijo— comenzar la tercera pasantía consecutiva. Si estoy desempleado, tengo un papel especial: las empresas no me quieren, para el Estado soy una carga y para la población trabajadora soy una amenaza constante de hacer su trabajo por menos dinero. Dado que yo (como ellos) tengo gastos corrientes y con la esperanza de un futuro mejor también tengo que aceptar malas condiciones de trabajo, tienen este temor con razón: prefiero quitarle el puesto de trabajo a un desconocido que tener yo mismo una laguna en el currículum. Si para mí es importante la seguridad de mi puesto de trabajo, puedo presentarme al Estado y aceptar un puesto como profesor, policía o soldado. Escapo así a la valorización capitalista del dinero, pero sigo dependiendo del capital nacional total. Esta libertad tengo como dependiente del salario: elegir a quién vendo mi fuerza de trabajo. Esta no tengo: no vender mi fuerza de trabajo.

SITUACIONES VITALES DE LOS DEPENDIENTES DEL SALARIO

Que en el ámbito del trabajo asalariado la mayoría no puede dedicarse precisamente a un trabajo en el que vean un sentido es evidente: Si en un área se buscan profesionales formados, eso no significa que allí haya tareas necesarias para la sociedad. Solo significa que mediante el uso de fuerza de trabajo humana un capital puede crecer allí. Así, las menos personas tendrán probablemente la sensación de que una publicidad cada vez más abundante e invasiva sea algo con sentido para nuestra sociedad. Sin embargo, en el sector publicitario surgen puestos de trabajo mucho mejor pagados que en el cuidado de ancianos. La publicidad ayuda a las empresas a mantener vivo su ciclo de producción. Los cuidadores de ancianos, en cambio, solo mantienen con vida a personas cuya fuerza de trabajo ya no puede ser utilizada y que por tanto son superfluas desde la perspectiva capitalista. Ante las frecuentemente terribles condiciones en las residencias de ancianos que ello conlleva, a menudo no queda otra que convertir el cuidado en un asunto privado.

BÚSQUEDA DE SENTIDO EN EL TRABAJO ASALARIADO

Una vida privada al lado del mundo laboral no solo existe, sino que las relaciones capitalistas incluso la necesitan. En esta vida privada las actividades socialmente necesarias no han terminado ni mucho menos: compra, cocina, crianza de los hijos, prestar apoyo, etcétera. Y aunque socialmente necesarias, las actividades no se dejan insertar en la estructura de la multiplicación del dinero, por lo que tampoco son remuneradas y aparecen así en una sociedad que funciona mediante el dinero como secundarias. Como si no fuera esencial procurar que a las personas con las que convivo de una u otra manera les vaya bien. Como si no fuera la condición elemental del modo de producción capitalista poder acceder a material humano sano y capaz de trabajar. Pero como resultado de esta división de la vida en trabajo remunerado, que sirve a la multiplicación del dinero, y trabajo no remunerado, que sirve a los semejantes, caen aquellas personas que se ocupan prioritariamente de lo segundo en la dependencia de aquellas personas que ocupan una posición dentro de la multiplicación capitalista del dinero. Y aunque tenemos que véérnoslas en realidad con un sistema en el que todos deben subordinarse a los movimientos del mercado de las cosas, muchas quedan además a merced de la arbitrariedad de otros.

ACTIVIDADES RE-PRODUCTIVAS

Dependientes del salario y «capitalistas» (empresarios o inversores) no son dos tipos diferentes de seres humanos. Son roles que produce el modo de producción capitalista. Quien lleva la máscara de los capitalistas, calcula y el mundo consiste en cifras. Quien lleva la máscara de los dependientes del salario, es una hoja en la tormenta de estas cifras. Así, para una empresaria es una ponderación aritmética comprar un programa de procesamiento automático de datos que ahorra puestos de trabajo. Lo prueba y ve en el balance a final de año si ha valido la pena. La empleada, cuyo puesto fue ahorrado y que era una cifra en este cálculo, ya no aparece en este balance. Ella había dado forma a su vida. Sabía cómo pagar su alquiler. Tenía colegas a los que no quería invitar necesariamente a casa, pero a los que veía con gusto en el trabajo. Había construido una relación y hecho planes de futuro. Entonces la empresaria compró ese programa de procesamiento automático de datos y los planes de futuro de la empleada quedaron aniquilados. La ex empleada está ahora desempleada y la oficina de empleo quiere saber de ella qué posee y si no es demasiado. Recibe una amenaza de que no se le pagará dinero si no encuentra en el más breve plazo un nuevo puesto. Allí está entonces la persona que la quiere y que intenta ayudarla. Él la vuelve a poner entre personas que entonces le preguntan qué hace, y ella no sabe si debe mentir o si puede hacerle a la persona que quiere decir «Estoy desempleada». La desempleada no quiere ver más las miradas compasivas y ahora se sienta en entrevistas de trabajo y tiene que aparentar seguridad en sí misma. Como si quisiera hacer los puestos ofrecidos por placer y no porque tiene que estirar cada céntimo. Si no quiere mudarse a otra ciudad por un trabajo, le preguntan —nadie pregunta a quién deja atrás

MÁSCARAS DE CARÁCTER DE LA PRODUCCIÓN CAPITALISTA

por ello. Si no quiere ser encerrada «para salir del paso» en la cabina de un call-center, le preguntan. Si no quiere intentarlo en una agencia de trabajo temporal, que se embolsa una parte de su salario por cada una de sus horas de trabajo porque esta agencia de trabajo temporal aún puede colocar existencias fracasadas como esta desempleada. Pronto estará de nuevo sentada en algún sitio —sin importar si le gusta o no; si es una actividad con sentido o no; si sus superiores le gritan o no. Todo es mejor para ella que la impotencia de su tiempo de desempleo y el silencio incómodo cuando hablaba de esta impotencia. Quien lleva la máscara de la dependencia salarial, no la lleva voluntariamente y solo en el más raro de los casos puede quitársela.

Los dependientes del salario oscilan siempre entre trabajo y desempleo. El pleno empleo nunca puede darse por la dinámica del modo de producción capitalista. No hay ningún proceso mágico por el cual surjan siempre nuevos y equivalentes puestos de trabajo cuando en otra parte se recortan puestos de trabajo. Para el capital, el pleno empleo —sea cual sea el aspecto que este tenga— sería también una catástrofe. Si los productos de una empresa se colocan bien, entonces esta debe poder crecer a saltos y para ello necesita el acceso a fuerzas de trabajo libres. Si, por el contrario, no hubiera miedo a la pérdida del puesto de trabajo y con ello al desempleo, los dependientes del salario podrían defender con ligereza salarios más altos y tiempos de trabajo más cortos. Exigir el pleno empleo no es otra cosa que la orden de que los desempleados generen más presión sobre los trabajadores y que los trabajadores luchen aún más duramente por su puesto de trabajo. «Desempleo» es en sí mismo ya un concepto que solo tiene sentido en una sociedad marcada por el capitalismo. Alguien podría estar cuidando a su madre enferma, educando además a tres hijos, trabajando cada día como voluntario en el albergue para indigentes y aun así sería considerado «desempleado». Sobretrabajo y desempleo no se excluyen mutuamente en el capitalismo. Quien quiere combatir el desempleo, no exige más que un sometimiento completo de todos los dependientes del salario a la lógica del modo de producción capitalista.

EL EJÉRCITO
INDUSTRIAL DE
RESERVA

El capital no conoce géneros ni culturas, religiones o nacionalidades. Lo único que interesa al proceso capitalista es la plusvalía que surge mediante el trabajo asalariado. El capital no tiene meta alguna, pues no es un sujeto pensante. El capital tiene, sin embargo, una dirección hacia la cual se mueve tendencialmente. Para la situación vital de los dependientes del salario, la tendencia de movimiento del capital significa: Un tiempo de trabajo que dura tanto que solo queda justo el descanso suficiente para poder estar plenamente disponible al día siguiente; un salario que alcanza justo para asegurar la propia existencia y la existencia de los hijos —futuras fuerzas de trabajo—. Pero el capital no está, como la idea de Dios en el cielo, fuera de nosotros. Es el resultado de nuestras banales acciones de compra y venta y de la mediación que las acompaña a través

CONDICIONES MAR-
CO DEL TRABAJO
ASALARIADO

del dinero. «Vivir para trabajar» no es, sin embargo, un dogma divino que se haya impuesto a los seres humanos. Hay salidas de esta forma de economía, aunque hoy parezca inamovible.

La eternidad

Capitalismo significa que el dinero es tanto medio como fin de la producción. Así como los empresarios dependen de la plusvalía y, por tanto, de la constante explotación del trabajo, los asalariados mismos deben trabajar siempre. Si la dependencia salarial se percibe como la situación natural de vida, entonces el objetivo inmediato para mejorar las propias circunstancias vitales no es otra forma de organización social, sino un salario más alto, menos horas de trabajo y una jubilación asegurada. Pero por cada cien trabajadores que esperan que su jefe, por amor al prójimo, reduzca la jornada laboral semanal con plena compensación salarial, hay siempre una empresaria que consideraría adecuado que sus empleados fueran a trabajar los sábados sin cobrar. Los intereses de ambos grupos son contrapuestos. La ventaja de uno es siempre la desventaja del otro. Si una trabajadora asalariada se rebela individualmente contra sus condiciones de trabajo, solo consigue su desempleo. Pero si la trabajadora asalariada se rebela junto con un grupo de colegas lo más grande posible, la producción de la empresa está en peligro y, con ello, la existencia de la empresaria y el dinero de los inversores. Si estos no logran, mediante los medios a su disposición, hacer que los asalariados vuelvan a trabajar, deben aceptar sus condiciones. Los sindicatos no son, por tanto, una reliquia anticuada ni están limitados a la industria del acero. Dentro de la producción capitalista son una institución imprescindible para los asalariados de todas las ramas. Ya sea para el personal de enfermería, para diseñadores de medios, obreros fabriles o arquitectos. Pero por mucho que un sindicato pueda alcanzar dentro de la economía de mercado y por importante que sea este trabajo, siempre sigue siendo parte del orden capitalista, que se define por el antagonismo entre asalariados y empresarios. La lucha sindical, por tanto, nunca encontrará un final.

CONTRADICCIÓN
DE LOS INTERESES
DE CLASE

En una sociedad organizada de forma capitalista, las necesidades nunca deben ser satisfechas definitivamente. Las necesidades se utilizan para poder sacarles dinero el mayor tiempo posible y mantener así con vida la continua producción para la generación de plusvalía. El fin del consumo mismo es el crecimiento económico. Dado que a la economía le debe ir bien y no a las personas, las mercancías producidas no deben ser duraderas y deben volver a comprarse una y otra vez. La nueva compra debe ser más barata o menos costosa que la reparación. Las nuevas semillas no deben surgir de la simiente, sino que deberían tener que volver a comprarse siempre. El dinero, que al principio daba la impresión de ser solo un medio auxiliar para hacer comparable nuestro trabajo, invierte el principio de la vida: ya no trabajamos para que nos vaya mejor – trabajamos por el trabajo mismo. Y cuanto más eficientes se vuelven las máquinas en las que debemos trabajar, más recursos devora esta producción interminable. El trabajo asalariado es, por ello, el motor de una gigantesca maquinaria que avanza hacia la destrucción de nuestra base vital.

EL FIN EN SÍ MIS-
MO DEL TRABAJO

Mientras el mercado sea determinante en nuestra sociedad, seguirá habiéndonos, asalariados, y nosotros, los asalariados, permaneceremos en enemistad con nosotros mismos y nuestro entorno. Nos disparamos unos a otros en países ricos en materias primas con armas que hemos construido para pagar nuestro alquiler. Compramos masivamente artículos baratos en envases de plástico, que nosotros mismos producimos para algún día no tener que comprar más artículos baratos en envases de plástico. En nuestro tiempo de trabajo construimos instalaciones de vigilancia y programamos algoritmos de evaluación, y en nuestro tiempo privado somos vigilados y evaluados. Nunca debemos ser buenos, sino mejores que los demás, así que nunca somos lo suficientemente buenos y debemos volvernos siempre más bellos, más flexibles, más resistentes, más formados, más despiadados. Debemos insensibilizarnos frente a nuestras propias necesidades y las de los demás. Envenenamos así las aguas subterráneas, talamos los bosques, torcemos las leyes, contaminamos el aire, por orden de nuestras empresas en competencia, por nuestra voluntad burguesa, para pagar los costes corrientes, para mantener vivo un capital abstracto. Así fue en el surgimiento del modo de producción capitalista, así es hoy y así será también en el futuro, hasta que los límites de la naturaleza sean traspasados por el ilimitado proceso de valorización del dinero y la vida humana en el planeta deje de ser posible. Al mantenernos neutrales frente al mercado y continuar con la vida según nuestra normalidad, emitimos nuestro voto a favor de esto.

CONSECUENCIAS

La ventana al mundo

El proceso de trabajo, independientemente de toda forma de sociedad, es actividad orientada a un fin mediante una herramienta para la transformación de un objeto de trabajo. Dentro de toda forma de sociedad, ningún proceso de trabajo existe por sí solo, sino que es parte de un todo más amplio. Cómo se configura el proceso social de cooperación y quién, bajo qué circunstancias y de qué manera puede acceder a la riqueza social, es sumamente diferente en las distintas épocas. Lo que estas épocas tienen en común es que un ser humano individual, que nace en una sociedad que existe independientemente de su voluntad, se integra en la estructura dada y la percibe como natural. Y también tienen en común que los seres humanos intentan mejorar sus condiciones de vida con técnicas y métodos siempre nuevos, pero una y otra vez modifican con ello – sin ser conscientes de ello – la forma de su convivencia.

EL PROCESO DE
TRABAJO

Las comunidades de cazadores y recolectores trabajan por lo general con herramientas sencillas como arcos de madera o bolsas de transporte de piel animal. Elaboran lo que encuentran en la naturaleza y los productos de su trabajo – frutos, carne, bolsas de transporte – son propiedad comunitaria. Un clima más duro puede hacer necesario, sin embargo, reducir la dependencia de la naturaleza incontrolable. Las comunidades que desarrollaron la agricultura y la ganadería pudieron a menudo escapar de forma duradera de la escasez permanente, pero rara vez lograron conservar por completo el estilo de vida basado en la propiedad común. Dado que mediante la nueva forma de vida podían producir más de lo que quienes producían necesitaban para vivir, pudieron surgir personas que ya no participaban directamente en la producción y asumían tareas de coordinación. A lo largo de milenios, los coordinadores se convirtieron en gobernantes y la religión fue – por muy diversas que pudieran haber sido las causas de su surgimiento – utilizada para justificar esta dominación.

LAS PRIMERAS
CIVILIZACIONES

En la época de la Ilustración y de la Revolución Industrial, la dominación personal fue ampliamente superada, los derechos de nacimiento abolidos paulatinamente y la religión fue relegada al ámbito privado. Todo ello son pasos en dirección hacia una sociedad liberada. Sin embargo, mediante la aparición y la acción del capital se trazaron nuevas fronteras y surgió de nuevo una forma más bien mística en la que percibimos el mundo: como asalariados debemos trabajar por dinero, que necesitamos para nuestra (super)vivencia. El dinero es el hilo conductor de nuestra sociedad y le da estructura al ser manejado correctamente. Las deudas o créditos no crecen sin una correcta determinación contractual y siempre deben ser saldados. Todo es intercambiable por dinero, desde el alimento

FALACIAS EN EL
CAPITALISMO

más sencillo, hasta la villa con vistas al mar, pasando por los servicios de otras personas. El dinero lo recibimos por nuestro trabajo y mediante él podemos alcanzar el bienestar. Transferido de nuestra experiencia como asalariados a la sociedad, el bienestar social aumentará por tanto cuando trabaje la mayor cantidad posible de personas y quien tiene mucho dinero, seguramente habrá trabajado mucho. Cuando entonces pagamos por la noche 2,80 € por una cerveza, lo que supone unos diez minutos de nuestro tiempo de trabajo – unos minutos más para las personas no cualificadas, unos minutos menos para las tituladas –, podemos imaginarnos que el tiempo de trabajo sumado, desde la agricultora hasta la camarera, en proporción al vaso de cerveza, habrá sido también de unos diez minutos.

Para comprobar si sus propios diez minutos de tiempo de trabajo tienen el contravalor de diez minutos de tiempo de trabajo de otras personas, una empleada se divierte y observa el valor total de los productos que su empresa ha vendido en un mes. Deduce los costes de los materiales incorporados a los productos, etc., y digamos que son 80.000 € los que se distribuyen mensualmente mediante la venta entre las personas que participan en la empresa. Luego suma los pagos salariales de ella y sus colegas y digamos que obtiene 50.000 €. «Puesto que el trabajo mío y de mis colegas, tal como figura en las nóminas, vale 50.000 €», así piensa la empleada y entra en el reino místico del capital, «la parte del trabajo de la empresaria y de los inversores en el producto vendido debe valer 30.000 € ser.»

PUERTA AL MUNDO
DEL CAPITAL

Ahora bien, el proceso de trabajo es actividad orientada a un fin con ayuda de una herramienta sobre un objeto de trabajo para la creación de valores de uso. Cada operación dentro de la producción capitalista – desde el desarrollo científico, pasando por la primera perforación en una mina, hasta la entrega mediante una empresa de transporte – es una operación de trabajadores asalariados. El salario no representa la parte de su trabajo en el producto, sino meramente el valor de la mercancía fuerza de trabajo, que ellos mismos han vendido en el mercado. El valor de la mercancía fuerza de trabajo es el mantenimiento vital de un trabajador asalariado, dependiendo de lo que en la sociedad se considere necesario para la vida. Los propios trabajadores asalariados, sus cuerpos y pensamientos, se convierten en parte del proceso de producción. El mundo en el que viven les parece coherente, pero es incompleto. Cuando creen que su salario es el valor de su trabajo y no meramente el de su fuerza de trabajo, todo lo que les parece un ángulo recto tiene en realidad mucho más de noventa grados. La mayor parte de los asalariados no escapará al destino que se les ha impuesto de trabajar toda la vida para el bienestar de otros. A pesar de ello, los asalariados transfieren con demasiada frecuencia su estructura vital a toda la sociedad y tienen el dinero por rendimiento, porque ellos mismos han rendido algo por él. Pasan fácilmente por alto que sus

ILUSIÓN DEL VALOR
DEL TRABAJO

intereses son opuestos a los intereses de los empresarios e inversores, porque hay dos maneras muy distintas de relacionarse con el dinero. La multiplicación del dinero mediante la compra de la mercancía fuerza de trabajo funciona según reglas diferentes a las del propio trabajo asalariado. Mediante la creencia de los asalariados de que a la sociedad le va mejor cuando la mayor cantidad posible de personas trabaja y que el buen trabajo merece recompensa, su fuerza de trabajo se convierte en una fuente de riqueza en constante crecimiento para la clase dominante del presente.

Si el salario constituye en el promedio social el 40 % del valor de las mercancías, los asalariados solo pueden permitirse también el 40 % de las mercancías producidas en total, aunque ellos mismos hayan fabricado tanto las mercancías como las herramientas y materiales utilizados en la producción al 100 % ellos mismos. Es decir, yo, como trabajador asalariado, recibo una fracción del valor del producto creado por mí y, cuando salgo a cenar por la noche, los empleados de allí reciben una fracción del valor monetario pagado por mí, del mismo modo que los asalariados del suministro alimentario reciben una fracción del valor de venta, etcétera. Mientras los asalariados devuelven el dinero a la producción mediante su consumo, el capital crece en cada nuevo período de producción – la plusvalía no se consume por completo, sino que en su mayor parte se añade de nuevo al capital existente. Es decir, si un capital tiene una magnitud de 100.000 €, en la producción se genera una plusvalía de 20.000 €, de la cual una empresaria consume solo 5.000 € de forma consuntiva, entonces su capital tendrá en el siguiente período de producción una magnitud de 115.000 €. Mientras el salario se estanca, el capital crece más rápidamente en cada período. Puesto que el modo de producción capitalista no existe desde ayer, no debería asombrar a nadie que ocho personas posean tanto dinero como la suma de la mitad más pobre de la humanidad – alrededor de 3.500 millones de personas – («An Economy for the 99 Percent», 2017). Este dinero es, a su vez, el poder de acceso a los productos y medios de producción elaborados por los asalariados. Por tanto, lo que ocurre a través de la mediación del mercado es una exclusión constante y cada vez mayor de los asalariados de las cosas que producen y mantienen.

ACUMULACIÓN

Si hoy compro acciones por valor de 1.000 € y en cinco años valen 2.000 €, ¿cómo voy a reconocer que cada céntimo surgió de la explotación de un trabajador asalariado? Mientras que a la campesina medieval se le arrebatava una parte de su producto bajo amenaza de violencia y con la justificación de la religión, hoy esta explotación cotidiana se vela. El plustrabajo de los asalariados se convierte en un plusproducto y este en la plusvalía de los empresarios e inversores. Sin que se note, a través de la mediación del mercado, los empresarios e inversores viven del trabajo de los asalariados y ni siquiera son conscientes de ello. Para ellos no existe explotación mediante el plustrabajo. Para la empresaria

PERSPECTIVA DEL BENEFICIO

existe el beneficio, que surge cuando simplemente administra correctamente o hace administrar correctamente. Para obtener este beneficio, procede con su razón económico-empresarial. Cuando se enfrenta a una decisión en la que mediante la primera posibilidad su producción se abarata un 5 % y mediante la segunda solo un 2 %, entonces razonablemente tomará la primera opción. Si se trata entonces de la adquisición de un nuevo medio de producción, del traslado de la producción a un país en desarrollo o de que con ello se aumenten todos los tiempos de trabajo de los trabajadores por ella empleados, no desempeña ningún papel en este mundo racional. Si existe la posibilidad de abrir una cuenta de dinero negro en un Estado insular y evadir así millones en impuestos, eso no es una cuestión moral, sino un cálculo de riesgos. Si los sindicatos exigen un aumento salarial, hay que calcular cuán elevados serían esos costes adicionales frente al soborno del comité de empresa o al despido de empleados sindicalmente activos. A mayor escala, finalmente, no solo la influencia de los lobbies, sino la desestabilización real de Estados es una opción cuando los gobiernos correspondientes se interponen en el camino de la oportunidad de un alto beneficio.

Y aquí, en esta esfera superior, puede haber también los clanes y sociedades secretas, corrupción y chantaje, la compra de medios de comunicación y el vaciamiento planificado de instituciones democráticas mediante think tanks neoliberales. Y todo ello puede impulsar y estabilizar el desarrollo capitalista. Y todo ello puede consolidar la impotencia política de la clase asalariada. Y aun así, estas no son las causas de los problemas a los que nos enfrentamos hoy, sino momentos particulares que están vinculados ellos mismos a la lógica interna de la forma social capitalista. Detrás de todo lo que hacen algunas de estas personas y tiene efectos devastadores sobre nuestra vida no tiene que haber necesariamente maldad. Es una fijación en la multiplicación del dinero y, con ello, una racionalidad en el marco del orden burgués.

AGENTES DEL
CAPITAL

Aunque los empresarios e inversores estén en competencia entre sí, sus acciones siguen conjuntamente las leyes del mercado. Estas coacciones significan para ellos que deben invertir su dinero allí donde mejor se multiplique. Por tanto, si un producto recién desarrollado promete apelar a la necesidad de los consumidores y venderse bien, invierten mucho dinero en ese sector. Mediante el dinero invertido pueden surgir nuevos puestos de trabajo en nuevas empresas y departamentos, la eficiencia en las empresas de esos sectores puede aumentar notablemente y, con ello, también la cantidad de mercancías en ese ámbito. Debido a la avalancha de ofertas de distintos fabricantes, el precio de venta de la mercancía individual descende ahora dentro del sector y las oportunidades de ganancia se nivelan. Aunque la eficiencia dentro de las empresas aumenta, el beneficio disminuye. Los poseedores de capital retiran su dinero en gran parte y lo invierten en otro lugar, mientras los trabajadores vuelven a perder su empleo y en el sector se destacan líderes de merca-

IGUALACIÓN DE LAS
TASAS DE BENEFICIO

do individuales con una estructura empresarial correspondientemente eficiente.

Las estructuras en las que vivimos, pensamos y trabajamos son creadas por este proceso y precisamente por eso apenas nos damos cuenta de ello. Vemos con toda naturalidad que siempre llegan nuevos productos al mercado y que poco después son mucho más baratos. Creemos una y otra vez que gracias al desarrollo técnico habría en el futuro menos trabajo y cada vez resulta ser falso. Vemos cierres de centros de producción, la búsqueda constante de trabajadores cualificados y el crecimiento de empleos en el ámbito del salario mínimo. No siempre nos parece correcto, pero vemos una racionalidad en las decisiones políticas, como cuando se eleva la edad de jubilación o se castiga más severamente el desempleo. Vemos cómo grandes corporaciones individuales ganan cada vez más influencia, no a pesar de, sino porque actúan contra los sindicatos, porque explotan la pobreza en los países en desarrollo, porque las respectivas actividades son más monótonas, porque los salarios en la producción son más bajos, porque los tiempos de trabajo son más largos. La coacción permanente a la multiplicación del capital es la razón por la que siempre tenemos que trabajar 30, 40, 50 horas o incluso más y estos tiempos de trabajo no se reducen a pesar de todo el progreso técnico. Como nuestros costes corrientes nunca cesan, no podemos dejar nuestra única mercancía, nuestra fuerza de trabajo, meses en un almacén hasta que pueda ser vendida en buenas condiciones. Si no queremos ser echados de nuestras viviendas o encarcelados por robo, estamos forzados a vender nuestra fuerza de trabajo incluso en las peores condiciones. Todas las estructuras económicas en la sociedad surgen solo para que podamos integrarnos en ellas una y otra vez, solo para que de nuestro trabajo asalariado se pueda extraer una plusvalía, un beneficio.

TASAS DE BENEFICIO Y LA FUERZA DE TRABAJO

Estas estructuras sociales surgieron mediante el sistema abstracto de la multiplicación del dinero y, a pesar de ello, consideramos que nuestras actividades en las fábricas, agencias y corporaciones son socialmente necesarias y naturales. Las crisis, los cierres de centros de producción o las guerras aparecen como algo externo que no tiene nada que ver con el trabajo. También las huelgas de los sindicatos o la política contraria al interés económico parecen estar dirigidas contra la propia población cuando un centro de producción se entiende como algo en lo que empresarios y trabajadores asalariados trabajan conjuntamente por el bien común social. Especialmente en los primeros años de la producción capitalista, la industria parecía ser la sucesora natural de la artesanía y mostrarse hostil frente al capital financiero. En la vida cotidiana capitalista no resulta visible el sistema abstracto en el que el propio trabajo se vuelve contra quienes producen. Pero lo que en un momento determinado recibió especial atención fue un pueblo que vivía en Europa, que desde hacía tiempo estaba vinculado con el dinero y que en ninguna nación era considerado como realmente perteneciente. Aparecían como

NACIONALSO-CIALISMO Y ANTISEMITISMO

desarraigados e internacionalmente conectados. Eran las propiedades abstractas de la emergente producción capitalista transnacional las que se les podían atribuir. Y se podían reconocer claramente conexiones que tenían que ser evidentes para toda persona pensante y que, no obstante, no eran reales. En el desconocimiento de la dinámica del modo de producción capitalista, este grupo étnico fue señalado como la causa de todos los males. Lo abstracto adquirió así un rostro y lo que tiene un rostro puede ser combatido. Se convirtió en un «nosotros» contra «ellos», una lucha de la raza aria contra el judaísmo mundial interconectado internacionalmente. Demasiados que tuvieron que sufrir bajo los efectos del capital creyeron en la imagen del pueblo unido y de la conspiración judía mundial, y demasiados lo siguen creyendo aún hoy. En la Segunda Guerra Mundial murieron 55 millones de personas en circunstancias miserables, 400.000 personas fueron privadas violentamente de su fertilidad bajo la influencia de la doctrina racial alemana e incluso en las últimas horas del nacionalsocialismo los transportes ferroviarios alemanes no se utilizaron para el abastecimiento militar, sino para deportar a judíos a campos de exterminio. Era la creencia delirante de que el horror que conlleva una producción capitalista desaparecería con ellos.

Dónde estamos

«En sí misma, aligera el trabajo; aplicada de modo capitalista, aumenta su intensidad. En sí misma, la maquinaria es una victoria del ser humano sobre las fuerzas de la naturaleza; aplicada de modo capitalista, somete al ser humano bajo las fuerzas de la naturaleza. En sí misma, multiplica la riqueza del productor; aplicada de modo capitalista, lo empobrece. Pero: ¿es imposible una utilización no capitalista de la maquinaria?»

Karl Marx, El Capital I

Que las cosas tengan para nosotros un doble carácter, que junto al valor de uso se les atribuya además un valor monetario, no es ningún juego mental de estudiantes. Las consecuencias de ello moldean nuestra realidad, se manifiestan en nuestras acciones y en la imagen que tenemos de nosotros mismos y de las demás personas. Con el desarrollo del capitalismo, la clase trabajadora fue liberada en gran medida de la dependencia personal, de modo que apenas consta ya de esclavos y siervos. Lo que en cambio nos domina hoy es el mercado y su lógica del intercambio. En el mercado no hay crecimiento que al mismo tiempo no limite o excluya

IMAGEN DEL SER
HUMANO EN LA
SOCIEDAD DE MER-
CADO

a otros. El dinero nos obliga a entrar en competencia entre nosotros, y si consideramos esto como natural, aparecemos necesariamente como seres codiciosos y egoístas. Pero como empresario no reduzco salarios por placer. Como desempleado no acepto con gusto malas condiciones de trabajo que ponen a mis colegas en aprietos. Como trabajador no estoy agradecido cuando despiden a una colega en lugar de a mí porque le desee algo malo, sino porque yo mismo dependo precisamente del salario. Los gastos corrientes nunca cesan y por eso tengo que pensar siempre primero en mí; si tengo una familia, más aún. La competencia debida a la producción capitalista penetra en todos los ámbitos de nuestra sociedad, y la única cuestión es cuándo estaremos finalmente dispuestos a desplazar la competencia misma. Lo único seguro es que definitivamente es posible. Si el ser humano y sus acciones fueran algo inmutable, si la sociedad fuera tal como es porque «los seres humanos somos así», entonces aún hoy repartiríamos nuestros alimentos entre nosotros, como fue el caso en las comunidades de cazadores y recolectores durante miles de años.

Hoy, los empresarios e inversores se ven obligados en su caza de dinero a hacer producir cada vez más, a penetrar en ámbitos siempre nuevos y a apelar a necesidades siempre nuevas. La sociedad capitalista rebasa con ello las fronteras de las comunidades aldeanas, las fronteras de los países, las fronteras de las culturas y tradiciones, y las une mediante un punto de referencia común – el dinero. La dimensión que ha alcanzado la cooperación humana en el capitalismo es históricamente única y, sin embargo, como seres humanos parecemos ser totalmente independientes unos de otros. Jamás conoceré al carpintero que en su día instaló el suelo de mi piso alquilado. Jamás descubriré quién ha atornillado mi lámpara de escritorio o quién ha cultivado mi café matutino. No conozco a esas personas y su trabajo desaparece en el producto. Pero, al igual que el mío, también sus trabajos se vuelven cada vez más especiales, cada vez más monótonos y uniformes en todo el mundo, mientras que al mismo tiempo la división de clases entre nosotros, los asalariados, y los beneficiarios de nuestro trabajo sigue avanzando. El poder se centraliza, mientras nuestro destino como nacidos en dependencia asalariada parece cada vez más sin salida.

EL DOBLE PROGRESO

A la represión directa le sucede una represión cosificada, una represión que, a través de la mediación del dinero, se ha vuelto cada vez más invisible, que ni siquiera parece ser tal. La mentira de una sociedad meritocrática justa es reconocida como realidad. Lo absurdo de una semana laboral fijada – independientemente de que exista o no una necesidad de los correspondientes productos o servicios – se normaliza. ¿Qué tenemos que ver nosotros con los que al otro lado del mundo están atrapados en fábricas textiles y tienen que trabajar 18 horas seguidas? ¿Qué, salvo quizás ser pagados por los mismos capitalistas y que, no es improbable, devolvamos ese dinero a los mismos capitalistas a través de

OCULTAMIENTO DE LAS CONTRADICCIONES DE CLASE

nuestro consumo? A veces parece como si ya hubiéramos alcanzado hace tiempo la sociedad justa y democrática, y no como si hubiera un mundo que ganar.

En la naturaleza no hay profecía. El ser humano ha vivido durante milenios en grupos pequeños y abarcables, hasta que a través de la agricultura y de técnicas siempre nuevas se pudo producir más de lo que los productores necesitaban para sobrevivir. Hasta la forma de organización social en la que fuimos engendrados fue un largo camino. Como especie apenas desprendida del mono, somos parte de una sociedad de miles de millones. Pero a causa de nuestra limitación y de la forma inconsciente en que esta sociedad se ha configurado, se ha metido una cuña entre cada ser humano individual. Una hostilidad entre quienes no pueden sobrevivir los unos sin los otros. La competencia interpersonal y la violencia estatal aparecen hoy como algo tan natural como las fronteras entre países.

EL PROCESO
HISTÓRICO

Como la nación misma, también una frontera es solo un pensamiento, nada real, algo abstracto. Algo que no se puede ver aunque se esté a la distancia de un brazo. Que solo un cartel pueda decirnos: «Aquí hay una frontera», porque de otro modo nunca se podría reconocer. No es en absoluto diferente con el valor. Quien dice que «todo tiene su valor» no comprende cómo sociedad y conciencia están emparentadas entre sí, que hoy percibimos el valor como otros percibían a sus dioses. A nuestro alrededor hay cosas, simples cosas, sin forma alguna de propiedades abstractas. Pero nos dominan porque nos relacionamos con ellas como mercancías, porque al comprar todas esas cosas hemos mirado el precio, porque precisamente para ese momento de comparación de precios los empresarios tienen que hacer producir cada vez más barato, porque los trabajadores asalariados son una variable en ese proceso, porque resulta más barato cuando sus salarios son bajos, sus jornadas laborales largas, sus actividades monótonas. Todo esto nos concierne, porque eso somos nosotros, como esa variable, como el valor de nuestra fuerza de trabajo. Por eso, a los comunistas nos importa hoy exactamente esto: sacar de nuestra sociedad y de nuestras cabezas esa cuña, esas fronteras y esa dominación. Encontrar una forma de configurar la tierra según nuestras necesidades, para que el trabajo de cada cual sea siempre también en beneficio de la comunidad. Lograrlo no es cuestión de suerte, sino una cuestión de nuestra conciencia de clase y una cuestión de nuestra organización. Como asalariados podremos ser víctimas de un sistema, pero como trabajadores somos quienes pueden erigir un mundo.

FRONTERAS

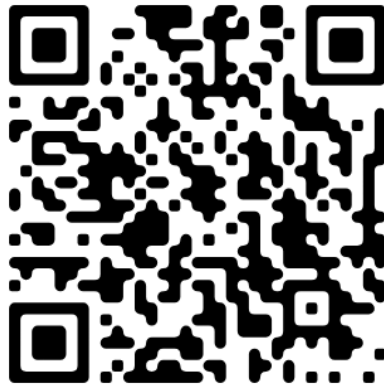
Con cada año más de su existencia, el capitalismo ejerce más control sobre nuestra vida. Pero con cada año de su existencia llegan también al mundo nuevas posibilidades con las que podemos dejar atrás esas condiciones. Cómo podemos lograrlo no está en ningún libro – lo buscamos en la teoría y en la práctica. Si quieres recorrer este camino con nosotros, un primer paso importante puede ser formarte y aprender a comprender mejor la sociedad actual. Otro paso puede ser participar en la investigación y en la construcción de otras formas de vida. Aunque a estas, en las condiciones existentes, se les pongan límites claros, se trata de comprender los desafíos de una vida moderna no capitalista y de encontrar soluciones para ello. Buscamos una vida en la que nadie esté obligado a producir basura que solo contiene piezas de desgaste, para que el producto tenga que ser comprado de nuevo. Una vida en la que no se trabaje para que le vaya bien a una economía abstracta, sino para que nos vaya bien a nosotros como miembros de la sociedad. Una vida en la que no tengamos que construir y exportar armas que matan a nuestros semejantes, solo para asegurar puestos de trabajo. Una vida en la que se haga evidente la locura de que se deban crear puestos de trabajo porque todo el mundo podría alegrarse de que haya menos que hacer. Pero la denuncia de tales locuras o la demostración de alternativas mejores nunca será suficiente. Existe ese poder centralizado y existe esa voluntad – por distintas razones – de mantenernos en la dependencia asalariada. Y por eso también es un paso necesario organizarse. Organizarse para construir contrapoder y para nada más.

¿Quién tiene el tiempo, la fuerza y la perseverancia para comprometerse por un cambio de las condiciones sociales? No son muchos y soy consciente de ello. Solo espero haberte mostrado con este texto por qué desde hace mucho más de cien años tantas personas dedican su tiempo de vida a la superación del capitalismo. No puedo esperarlo, pero sí tengo la esperanza de que te sumarás a nuestra causa.

DEL FIN DEL CAPITALISMO – PARTE
1

El proyecto vive de que el folleto se reproduzca de forma autónoma y se distribuya en espacios públicos. Bajo este enlace o código QR encontrarás plantillas de impresión:

<https://codeberg.org/emze/open-marx>



Marcus Meindel has dedicated the work to the public domain by waiving all of his rights to the work worldwide under copyright law, including all related and neighboring rights, to the extent allowed by law.

You can copy, modify, distribute and perform the work, even for commercial purposes, all without asking permission.

This version: 27 de julio de 2026

Dejado aquí por alguien, para que lo encuentres y te lo lleves.
Porque no es algo normal tener que trabajar 30, 40, 50 horas cada semana. Porque no es normal no poder ver un fin al trabajo. Porque existe un posible fin a esta forma de trabajo, a la que se supone que uno debe subordinarse hasta la jubilación. Porque su fin no puede alcanzarse en soledad, alguien dejó este texto aquí para que lo encuentres y te lo lleves.

